

A la opinión pública nacional e internacional.

El presente testimonio que voy a brindarles pone en evidencia en forma incontestable ese conjunto de prácticas represivas que hemos denunciado muchas veces como terrorismo de Estado y que hoy constituye el principal sostén de la dictadura militar del General Videla. La trágica experiencia que voy a narrarles documenta asimismo la complicidad existente entre las dictaduras del Cono Sur, que han extendido ese terrorismo.

Por unos meses permanecí en varios campos de concentración de mi país hasta que el 19 de julio fui trasladado a la tristemente célebre Escuela de Mecánica de la Armada.

El camino que me condujo a ese verdadero infierno de represión y tortura fue el mismo que recorrieron miles de argentinos que sufrieron la misma suerte.

Comencé mi militancia en 1964, en la Universidad, integrando grupos cristianos de orientación peronista que, a partir, formaban más tarde la Juventud Peronista de la Provincia del Chaco y de todo el Nordeste argentino.

La continua proscripción de las mayorías nacionales y la sucesión de dictaduras militares que han asolado nuestro país me llevaron a buscar refugio en Uruguay, donde pude decir el adiós a la patria y a la familia.

Después de haber estado en Uruguay, fui trasladado a la Escuela de Mecánica de la Armada en julio de 1978.

En marzo de 1973 tuve el honor de ser elegido por las mayores mayorías del pueblo de mi provincia (más del 90% de los votos) diputado por el partido Justicialista, que integra el Frente Justicialista de Liberación.

Acusamiento integrado al Consejo Superior del Servicio Peronista Montonero.

**Secuestrado en diciembre de 1977 en Uruguay;  
trasladado ilegalmente a la Argentina y fugado  
de la Escuela de Mecánica de la Armada en julio  
de 1978.**

\*\*\*

A la opinión pública nacional e internacional:

El presente testimonio que voy a brindarles pone en evidencia en forma incontestable ese conjunto de prácticas represivas que hemos denunciado muchas veces como terrorismo de Estado y que hoy constituye el principal sostén de la dictadura militar del General Videla. La trágica experiencia que voy a narrarles documenta asimismo la complicidad existente entre las dictaduras del Cono Sur, que han extendido ese terrorismo de Estado más allá de sus fronteras.

Durante meses permanecí en varios campos de concentración de mi país hasta que el 19 de julio último logré evadirme de la tristemente célebre Escuela de Mecánica de la Armada.

El camino que me condujo a ese verdadero infierno de represión y tortura es similar al de otros argentinos que asumieron la lucha de nuestro Pueblo.

Comencé mi militancia en 1964, en la Universidad, integrando grupos cristianos de orientación peronista que, en parte, formarían más tarde la Juventud Peronista de la Provincia del Chaco y de todo el Nordeste argentino.

La continua proscripción de las mayorías nacionales y la sucesión de dictaduras militares que han asolado nuestro país me llevaron tres veces a la prisión, y aun hube de padecer el secuestro de mis dos hijos, que estuvieron dos meses en poder de la dictadura. En la dictadura anterior (1966-1973) me tocó participar en la conducción de las movilizaciones populares que derribaron al gobernador militar del Chaco en 1972.

En marzo de 1973 tuve el honor de ser elegido por la inmensa mayoría del pueblo de mi provincia (casi el 70% de los votos) diputado por el Partido Justicialista, que integraba el Frente Justicialista de Liberación.

Actualmente integro el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero.

Los hechos son los siguientes:

El día 15 de diciembre de 1977, en momentos en que partíamos de Montevideo, la capital del Uruguay, con el compañero Juan Alejandro Barry, Secretario Político del Partido Montonero, fuimos interceptados por un grupo de civiles que dijeron ser de las fuerzas conjuntas y nos agredieron a balazos. El compañero Barry murió y yo quedé herido de bala.

En Uruguay, en una casa que ubico en las cercanías del aeropuerto internacional de Carrasco, fui torturado salvajemente, con los métodos conocidos como el "submarino" (inmersión en un recipiente con agua) y la "picana" (descargas eléctricas); también me colgaban de las manos, que tenía esposadas a la espalda.

Mis torturadores eran miembros de las fuerzas conjuntas del Uruguay y personal de la Armada Argentina.

Fui trasladado clandestinamente en un avión a la Argentina por efectivos de la Escuela de Mecánica de la Armada, integrantes del así llamado Grupo de Tareas 333-2, uno de los tantos grupos operativos formados por las Fuerzas Armadas con conocimiento y bajo la dirección de la Junta de Comandantes.

Este traslado ilegal desde el Uruguay fue uno más de los tantos que se han hecho entre las orillas del Río de la Plata y que han sido denunciados oportunamente a los organismos internacionales de solidaridad.

Ya en la Escuela de Mecánica de la Armada, fui confinado en la sala de torturas N°14, ubicada en los sótanos del Casino de Oficiales.

Allí me tocó presenciar el horrible espectáculo que ha sido denunciado tantas veces: hombres y mujeres encapuchados, esposados, con grillos en los pies, ignorando cuándo serán llevados a la tortura o a la muerte, alejados de sus familias, de todo apoyo legal o periodístico, arrojados al arbitrio exclusivo de los torturadores.

En Nochebuena se nos concedió un terrible privilegio: durante 10 minutos pudimos levantarnos la capucha y darnos un abrazo. Eso me permitió encontrarme con Norma Arrostito, la inolvidable Gavicta, que fuera fundadora de Montoneros. Norma fue asesinada posteriormente por la Marina de Guerra.

Pocos días después, personal militar del Segundo Cuerpo de Ejército me trasladó a una dependencia clandestina que dicho Cuerpo tenía en Funes, cerca de la ciudad de Rosario, ubicada a 350 kilómetros al norte de Buenos Aires.

Este intercambio entre Marina y Ejército prueba que, al margen de sus diferencias políticas, trabajan coordinadamente en la tortura y el exterminio de los militantes populares.

El lugar al que fui conducido era una casa ubicada en un barrio residencial. Se la conocía en la jerga del Ejército como un "chupadero", porque a los secuestrados vivos a los que tratan de hacer colaborar los llaman "chupados". Esta suerte de laboratorio de la represión sirve a un fin particular: formar y preparar a compañeros quebrados física y moralmente para convertirlos en agentes que luego habrán de infiltrarse en nuestras filas. Ya sea para operar militarmente contra nuestra conducción o para simular la existencia de una "disidencia montonera" que intente fisurar nuestras fuerzas.

No previeron que algunos simularían haber desistido de la política montonera para procurar la fuga y ulterior denuncia de toda la experiencia vivida.

Este fue el caso, precisamente, del compañero Tulio Valenzuela, quien persuadió al propio titular del Segundo Cuerpo de Ejército, General Leandro Fortunato Galtieri, de su disposición para ubicar en el extranjero al Secretario General del Movimiento Peronista Montonero, Comandante Mario Firmenich, y facilitar su asesinato. A ese fin, Valenzuela fue enviado junto con oficiales del Ejército al extranjero, donde se escapó, tomó contacto con el MPM y denunció públicamente la maniobra.

Al hacerse pública la denuncia sobrevinieron cambios de magnitud: los prisioneros fuimos amenazados de muerte, la compañera de Valenzuela -que estaba próxima a dar a luz- fue trasladada al Hospital Militar de Paraná y no la volvimos a ver nunca más, temiendo por su suerte; finalmente el propio "chupadero" fue abandonado precipitadamente.

Nuestra siguiente prisión es un símbolo elocuente de la realidad argentina en la era de Videla, Agosti y Massera: era una escuela industrial ubicada en la calle 3 de Febrero y Avenida Ovidio Lagos de la ciudad de Rosario. No sólo se reduce el presupuesto educacional para engrosar el presupuesto represivo, sino que las propias aulas se han convertido en cárceles de los militantes populares.

Posteriormente fuimos llevados a una casa de campo ubicada sobre la autopista que une las ciudades de Rosario y Santa Fé, frente a la estación de servicio del Automóvil Club Argentino de La Rivera.

Allí me enteré de que el Grupo de Tareas de Rosario se trasladaría al Brasil para asesinar y secuestrar a argentinos allí exiliados, con apoyo de militares brasileños. Esta información cobra dramática actualidad con el secuestro en Río de Janeiro de mi compañero Norberto Habegger, Secretario de Organización de la Rama Política de nuestro Movimiento.

A su vez, el compañero Valenzuela, a su paso por Brasil como supuesto agente de la dictadura, entró en contacto con el Teniente Coronel Bastos Huerta, del ejército brasileño, quien oficiaba de enlace con la inteligencia militar argentina.

Después, el Ejército me volvió a transferir a la Escuela de Mecánica de la Armada. Me enteré además de los planes para secuestrar al compañero Habegger y a caracterizadas figuras del peronismo en el interior y el exterior del país, con el fin de impedir la reunificación de este gran movimiento de masas que significará la derrota definitiva de la dictadura militar.

De retorno en la Sala 14 observo dos cruces marcadas por raspadura en la pintura de la pared. Un compañero de cautiverio me revela que habían sido hechas por las dos religiosas francesas Leonie Duquet y Alice Domon. Como lo ha señalado en su testimonio otro compañero fugado de la Escuela de Mecánica de la Armada, Horacio Maggio, era vox populi que las hermanitas habían sido asesinadas y que en el laboratorio de la Escuela de Mecánica de la Armada se había sacado una foto con un cartel de Montoneros para tratar de responsabilizar a nuestra organización del secuestro.

Esta práctica ya había tenido expresión internacional con la conferencia de prensa de marzo de 1977 en Madrid, organizada por la Marina de Guerra con el traidor González de Langarica.

En esta segunda permanencia en la Escuela de Mecánica de la Armada pude presenciar asimismo una curiosa operación de enmascaramiento tendiente a desinformar a la comunidad internacional acerca de las violaciones de los derechos humanos en la Argentina. Con el fin de "lavarle la imagen" a la E.M.A., se invitó a un periodista extranjero y se le mostraron las instalaciones, claro está, con algunos cambios: Al grueso de los prisioneros se los trasladó con rumbo desconocido, probablemente a la muerte; a otros se los disfrazó con uniforme de la Marina, y a un grupo, que yo integraba, se nos encerró en habitaciones privadas de oficiales.

Después me cambian a la sala 15, contigua a la anterior, que comparto durante algunos días con el compañero Oscar De Gregorio, dirigente del Partido Montonero que, al igual que yo, había sido secuestrado en Uruguay e ilegalmente trasladado a la Argentina.

Nos considerábamos "en capilla", aguardando en cualquier momento la muerte. Para Oscar llegó el 26 de abril de este año, como consecuencia de las torturas sufridas en Uruguay, en la Escuela de Mecánica, en Institutos Militares dependientes del Primer Cuerpo de Ejército.

Como elemento central de esta denuncia quiero destacar dos aspectos poco conocidos en detalle hasta el presente.

Uno es el grado de desmoralización que impera en las filas de los represores, y otro, la creciente transferencia de estos oficiales al exterior, por ejemplo a París.

La desmoralización de algunos de estos oficiales se hizo patente en varias expresiones vertidas delante de nosotros, en las que no recataron sus temores. Por ejemplo, el Capitán de Corbeta Jorge Acosta, más conocido como el Tigre, Santiago o Aníbal, manifestó que después del Mundial nadie para "la que se viene", aludiendo a la vindicta popular. También admitía que no había más remedio que convocar a elecciones.

Esto era coherente con la política del Almirante Emilio Eduardo Massera, quien no obstante dirigir desde el año 76 la represión más sangrienta que conoce la historia argentina, pretende presentarse ante argentinos y extranjeros como un demócrata que ignora las violaciones de los derechos humanos.

Esta "paloma de la paz" solía recorrer la Escuela de Mecánica para alentar a los grupos operativos que salían a cumplir su diario cometido de secuestros y asesinatos, al igual que su sucesor, el Almirante Lambruschini.

Otro de los oficiales, a quien conocíamos por el nombre de Mariano, planteaba que quería "abandonar la lucha antisubversiva" porque el pueblo no los comprende y en el orden internacional los dejan solos.

El propio Tigre Acosta admitía que les aguardaba un "Juicio de Nuremberg".

Un Subprefecto, conocido como Daniel, afirmaba que él tenía que irse del país. El mismo Capitán Acosta prevé instalarse próximamente en España para hacer un curso de un año.

No será éste el primer viaje al extranjero de los miembros de los grupos operativos de la dictadura.

Por ejemplo, el Teniente de Navío Jorge Perren, conocido como "Puma" u "Octavio", estuvo hasta fines de 1977 co-

mo responsable del Centro Piloto de París, un organismo publicitario que tiene por objetivo "mejorar la imagen del gobierno argentino en el exterior". Cuando estaba en funciones publicitarias sacaba boletines apócrifos de organismos europeos de solidaridad para generar confusión. Actualmente, Perren ha retornado a su oficio tradicional de torturador, como jefe operativo del Grupo de Tareas de la E.M.A.

A su vez, "Martín" o "Trueno", en realidad Antonio Pernías, que hasta fines del 77 fue el jefe de operaciones del mismo grupo, fue transferido al Centro Piloto de París.

También estuvo en París, pero en otras funciones, el Teniente conocido como "Rubio" o "Cuervo", cuyo apellido sería Atis o Actis. Este oficial -amparado en el nombre falso de Alberto Escudero- debió huir precipitadamente de Francia a mediados de abril último porque fue detectado como espía por los integrantes del CAIS (Centro Argentino de Información y Solidaridad), donde había intentado infiltrarse. De regreso en Buenos Aires volvió a integrar el plantel de secuestradores de la E.M.A.

Hacia fines del Campeonato Mundial, el enemigo adoptó una metodología que prueba la vigencia y el vigor de la Resistencia Argentina, una metodología que desmiente su propia propaganda cuando afirma que "la subversión" ha huído al exterior: me refiero a cierto control especial de las fronteras, mediante el cual logré escaparme.

Concientes de que nuestros dirigentes que cumplen funciones en el exterior reingresan periódicamente al territorio nacional, decidieron llevar prisioneros a diversas fronteras para que señalaran a sus compañeros.

A mí me incluyeron. A todos nos obligaron a firmar un documento señalando que nos habíamos presentado espontáneamente en la Escuela de Mecánica de la Armada al ver la derrota del peronismo montonero.

La perspectiva de ser llevado a una de las fronteras le dió visos de concreción a mi permanente intención de escapar.

Aprovechando una negligencia de uno de mis guardianes, logré que cruzáramos a territorio paraguayo. Allí aproveché la ventaja que suponía haber quedado con un solo custodio y, tras agredirlo físicamente, logré fugar, tomando contacto con compañeros del Movimiento Peronista Montonero.

No quiero cerrar este testimonio sin agregar mi voz a la de todos los compañeros de nuestro Movimiento y a la de las diversas instituciones que nos han brindado su solidaridad, denunciando el secuestro en Río de Janeiro de nuestro compañero Norberto Habegger, nueva víctima del terrorismo de Estado y de la complicidad represiva de los estados terroristas del Cono Sur.

Por último, mi agradecimiento a todas las personalidades y organismos internacionales que se interesaron por mi suerte.

En la ciudad de París, a los veinte días del mes de setiembre de 1978.

Jaime Feliciano Dri

\* \* \*



**MOVIMIENTO PERONISTA  
MONTONERO  
consejo superior**

**secretaría de prensa**

**1978 \* AÑO DE LA ORGANIZACION DEL MOVIMIENTO PERONISTA MONTONERO \***